

MANUEL MARTÍNEZ CANO, MCR

En la época en que las Reuniones de amigos de la Ciudad Católica se celebraban en una casa religiosa había un número no pequeño de sacerdotes que nos acompañaban. Celebraban la Santa Misa y dirigían el rezo del Santo Rosario durante los días del congreso, así como –a la clausura– daban la bendición con el Santísimo. Eran sacerdotes de muy distinto tipo. Los que yo recuerdo eran casi siempre religiosos, como los jesuitas Agustín Arredondo o José María Alba, dominicos como Victorino Rodríguez y pasionistas como Bernardo Monsegú. Otros sacerdotes, como el jesuita Eustaquio Guerrero, al que apenas llegué a conocer, los habían precedido. Y otros, con menor presencia, los acompañaron. Ese espacio reservado a la piedad, junto con la convivencia en las comidas y los pasillos, completaba los trabajos de las conferencias y comunicaciones (que llamábamos foros).

Uno de esos sacerdotes, que no se hacía presente en la vida diaria de la Ciudad Católica pero que no faltaba a la Reunión anual, era –como acabamos de decir– el padre Alba. Paco Pepe Fernández de la Cigoña le despidió desde estas mismas páginas con un emocionado obituario en que resaltaban muy bien su genio y su figura. Quienes lo tratamos y fuimos sus amigos difícilmente podemos olvidar su condición de jesuita recio, de los que ya no quedan. Sufrió por ello en una Compañía que apuntaba, como la Iglesia en su conjunto, a la *autodemolición*. Pero que encontró, para personas como Alba, el modo de compatibilizar su ostracismo interno con la tolerancia de su apostolado externo. Su superior y mentor, el padre Piulachs, le abrió el camino. Fundó la Unión Seglar de San Antonio María Claret, que fructificó –entre otras cosas– en el Colegio del Inmaculado Corazón de María de Sentmenat. Fundó también la Sociedad Misionera de Cristo Rey, acogida en Cuenca al obispo Guerra Campos, donde un puñado de vocaciones sacerdotales han desarrollado un apostolado admirable. Estuve en el piso del número 123 de la barcelonesa calle Diputación, donde instaló una suerte de seminario silvestre, espartano por sus condiciones materiales, y tradicional por las espirituales. Allí celebró durante algunos años la Misa tradicional, hasta que por razones que ignoro volvió al llamado *novus ordo*. En un

par de ocasiones los acompañé, pues me pidió que diera algunas conferencias a los seminaristas. Contribuyó a fundar, finalmente, la Hermandad Sacerdotal Española, que llegó a tener siete mil miembros y sufrió una persecución más bien abierta de parte del episcopado español, por no decir de la misma Roma.

Las dos primeras vocaciones fueron las de los padres Turú y Martínez Cano. Respecto de éste lo recuerdo perfectamente a principios de marzo de 1980 en las II Jornadas Universitarias de Estudios Tradicionalistas, organizadas por la viuda de Elías de Tejada, en las que desarrollé mi primera ponencia en una reunión de ese tipo. Antes me había estrenado sólo con un discurso en la cena de San Fernando el mayo anterior. Manolo Martínez Cano, todavía seminarista, fue el ponente inmediatamente anterior a mí, y sentados en la misma mesa hubo de asistir a las críticas que produjo mi intervención, que versaba sobre la unidad católica y, de resultas, criticaba la libertad religiosa introducida por el Concilio. Ese encuentro marcó mi trato, estrecho durante muchos años, posterior con él. Pues el padre Alba aparecía en las Reuniones de la Ciudad Católica acompañado del padre Martínez Cano, que se ordenó sacerdote ese mismo año de 1980, sin que se desprendiera ya nunca en adelante de su inconfundible sotana raída pero decorosa. Al padre Turú, en cambio, lo encontré mucho menos, aunque siempre con simpatía. Y a la muerte del obispo Guerra Campos me invitó a dar una conferencia sobre su figura en una reunión de la Hermandad Sacerdotal. Una Hermandad Sacerdotal ya muy decaída respecto de lo que había sido, pero que el padre Turú mantenía con celo digno de encomio.

Manolo Martínez Cano era un alma de Dios, con esa fortaleza que el padre Alba infundía a sus discípulos, pero también con un toque ingenuo o incluso infantil que dulcificaba un rigor a veces un poco jansenista (¡aunque sin exagerar en una obra de matriz jesuitica!). Trataba a los suyos con maneras decididas y un poco cortantes, pero que traslucían un cariño enorme. Con los amigos el corazón grande que tenía ocupaba todo el espacio. Solía referirse a ellos, a nosotros, con el nombre precedido de «San». Lo que dejaba en el interlocutor una cierta impresión. Y, sin duda, un agujijón para tratar de serlo, o por lo menos deseárselo, por muy lejos que nos quedara... Los últimos veinte años lo vi mucho menos. Las Reuniones de la Ciudad Católica empezaron a celebrarse en Madrid tan sólo, dejando de lado Barcelona, por dificultades logísticas, y durante una única jornada. De manera que los amigos de

Sentmenat dejaron de venir. Manolo Cano, sin embargo, siempre se mantuvo presente. Con una notita o una llamada telefónica de cuando en cuando. La última vez que lo vi, en Sentmenat precisamente, fue en ocasión de la conmemoración de las bodas de oro de la Unión Seglar, en junio de 2019. El padre Sellas, a quien recordaba de cuando era casi un niño, y a quien reencontré en Chosicas, en el Perú, me llamó para invitarme y para pedirme que trasladara otra invitación a Juan Manuel de Prada. El padre Cano estaba delicado de salud, pero con el espíritu de siempre. También encontré frágil al padre Turú. Y me dio pena observar que, tanto en el orden político como en el religioso, se había producido una evolución en sentido puramente conservador más que tradicional. Problemas de ciertas indefiniciones. O de ciertas decisiones. Y me vinieron a la mente, a este respecto, algunas observaciones que me trasladó muchos años atrás Alberto Ruiz de Galarreta, que conocía a Alba de toda la vida, creo que incluso de la época del noviciado de Veruela.

No podía faltar, en estas páginas, la noticia –por escueta que fuera– de la desaparición del padre Cano, que tan cercano nos fue durante por lo menos veinte años. *Requiescat in pace.*

Miguel AYUSO